

Itinerarios de investigación sobre culturas juveniles Diálogo con Maritza Urteaga Castro Pozo*

LORENA NATALIA PLESNICAR**

Desde hace varias décadas, Maritza Urteaga Castro Pozo es una de las investigadoras más reconocidas en el campo de los estudios sobre juventudes en América Latina. Sus numerosos trabajos sobre culturas juveniles tanto en México como en otros países de la región le permiten trazar un panorama conciso del estado de la producción de conocimientos en el área.

Por esto, y con ocasión de la I Biental Latinoamericana en Infancias y Juventudes, la entrevisté para aproximarme a algunos de los asuntos sobre las juventudes contemporáneas que requieren aún de nuevas exploraciones¹.

L. N. P.: Desde años, sus trabajos son referencias obligadas en el campo de los estudios sobre juventudes en América Latina. Nos preguntamos acerca de cuáles han sido sus primeras preguntas sobre la condición juvenil y cómo han ido mutando esas preguntas en el transcurso de su trayectoria académica.

M. U.: Las primeras preguntas me las hice a fines de los años 80 cuando estaba investigando el rock mexicano, y me encontré con un sujeto joven, pandillero, en banda, en colectivo, que disfrutaba profundamente del rock. A mí me interesaba la expresividad de sus manifestaciones, la creación de música. Esto es, cómo se estaba produciendo el rock mexicano en ese momento y el protagonismo de los jóvenes dentro de este campo. Esto me hizo preguntarme ¿por qué los investigadores de juventud -que no eran muchos en ese momento- no tomaban en cuenta el papel del sujeto como hacedor de cultura? Y ¿por qué a la cultura juvenil, que en ese entonces se denominada

subcultura juvenil, los investigadores de ese entonces no le asignaban importancia en la creación de colectividades, de identidades, de lazos de pertenencia en la creación de la cultura?

L. N. P.: ¿Cuál era el contexto de la investigación que nos relata?

M. U.: En ese momento, yo estaba realizando una investigación sobre el rock mexicano en las periferias pero también en el corazón de la ciudad de México. Los sujetos con los que me encontraba eran movidísimos, en términos de levantar sus propios grupos de rock con las dificultades de encontrar una guitarra eléctrica o armártela, u organizar una tocada². Lo segundo que vi fue la presencia de la policía y de muchas instancias del Estado que aparecían en los barrios y en los lugares donde se hacía rock de una manera muy represiva y muy extorsionadora para con los jóvenes. Al cabo de un tiempo levanté un eje de indagación que relacionaba rock mexicano, jóvenes, represión policiaca, exclusión, censura política y mediática, rebeldía y contestación.

L. N. P.: ¿Cuáles eran sus preguntas en ese trabajo?

M. U.: Nunca me había preguntado si los jóvenes eran creadores o no. Yo lo daba por sentado, pero cuando empecé a leer cómo se conformaban los jóvenes desde la literatura disponible, me di cuenta que no se hablaba de los jóvenes, sino del conjunto de instituciones que hacían a los jóvenes. Es decir, los roqueros y *punkis* que yo estaba siguiendo en campo no estaban comprendidos en esa concepción de juventud. Así surgió la pregunta

* Socióloga de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Lima, Perú), Maestra en Antropología Social por la Escuela Nacional de Antropología e Historia (México). Doctora en Ciencias Antropológicas por la Universidad Autónoma Metropolitana (México). Profesora Investigadora del Posgrado de Antropología Social en la ENAH, tiene a su cargo la Línea de Investigación Jóvenes y Sociedades Contemporáneas.

** Doctora en Ciencias Sociales (Flacso-Argentina). Posdoctorado en Investigación en Ciencias Sociales, Niñez y Juventud (Clacso). Máster en Dirección y Gestión de Centros Educativos (Universidad de Barcelona). Profesora de Ciencias de la Educación (UNLPam). Profesora de Nivel Inicial (UNLPam). Investigadora del *Instituto para el Estudio de la Educación, el Lenguaje y la Sociedad* (Facultad de Ciencias Humanas). Docente de la Universidad Nacional de La Pampa, Argentina.

1 La I Biental Latinoamericana en Infancias y Juventudes se desarrolló en Manizales (Colombia) entre el 17 y el 21 de noviembre de 2014.

2 Tocada: concierto con grupos locales.

¿qué papel cumplen estos jóvenes colectiva y espontáneamente organizados dentro de la creación de cultura? Y de esta cultura en particular, que es una cultura muy vinculada con los medios de comunicación, pero cuyo flujo en México se daba principalmente en el cara a cara y en lugares o espacios particulares. Me llamaba la atención que estos lugares del rock fueran apartados, periféricos, o subterráneos en alguna zona comercial de la ciudad; que duraran abiertos muy poco tiempo y fueran constantemente acosados por la policía. ¿Qué hacía la permanencia del rock si los espacios de encuentro eran tan efímeros? En el trabajo de campo en el asfalto defecho, observé la existencia de redes de amigos que se pasaban las grabaciones caseras; era un rock hecho en casa, pero que no se escuchaba en la radio ni se pasaba en la televisión mexicana. Poco a poco descubrí que la condición subalterna del rock mexicano estaba vinculada a los hechos de los años 1968-1970, cuando la revuelta estudiantil por la democratización de las instituciones con hitos represivos, como Tlatelolco 1968 y el Halconazo de 1971, y que desde entonces estaba prohibido para los jóvenes manifestarse sea lúdicamente (en conciertos) o mediante el activismo estudiantil.

L. N. P.: ¿Cuáles fueron los avances que surgieron de esas exploraciones?

M. U.: En los trabajos di cuenta de la interpelación del rock hacia los jóvenes y cómo los jóvenes de diferentes generaciones -la del rocanrol, la de la onda y la punketa³- hicieron y hacían ese rock en concreto, cómo lo convertían en un rock nativo. Esta mexicanización del rock es un proceso con ciertas características: del inglés pasó a cantarse en una mezcla de español mexicano con la jerga ondera y el lenguaje de las bandas juveniles; las letras van incorporando las experiencias cotidianas de los jóvenes mexicanos urbanos a los cuales apela; explora e incorpora una inmensa variedad de sonidos y tradiciones musicales mexicanos; las imágenes de los roqueros reivindican la particularidad de

ser roquero mexicano, sujeto de una diversidad de ofertas musicales y culturales internacionales, pero también indígenas, rurales, urbano-populares. De esta investigación di cuenta en el libro “Por los territorios del rock. Identidades juveniles y rock mexicano” (1998, IMJ). Desde entonces se me caracteriza entre los investigadores en juventud por mi insistencia en el estudio del papel del sujeto joven en la creación de sus colectivos culturales, así como en la producción de su individualidad. Por supuesto, contextualándolo en sus múltiples marcos de referencia como la escuela, el trabajo y otros ambientes socializadores en los que este sujeto interactúa y se desenvuelve con algo de agencia, y no es aplastado por las estructuras. Esa era mi gran diferencia con las instancias públicas que tomaban solamente la educación, el empleo, el deporte como definitorios de la juventud: quien no formara parte de alguna de ellas, no era considerado joven.

L. N. P.: ¿Y el tiempo libre también formaba parte de ese discurso público?

M. U.: Si, el tiempo libre, recreativo, también era parte de ese discurso, pero el tiempo libre de los chavos y chavas intentaba ser “orientado” -si no controlado autoritariamente-, por las instancias estatales o, peor, se orientaba a ser regulado por el mercado. Estamos en el momento en que el ocio se está convirtiendo en negocio, donde emerge nuevamente la disputa por el uso libre o controlado -condicionado del tiempo libre-, pero esta vez con el mercado. Esta disputa la observo en la voluntad -y prácticas- de las instancias gubernamentales de privatizar el espacio público, espacio donde se enfrentaba la resistencia de los jóvenes banda o pandilleros, una de cuyas batallas históricas es por el control y el uso de su tiempo libre. En el México actual, la privatización y comercialización del espacio de ocio ha avanzado considerablemente, incluso en las zonas de barrios populares, hecho que se ha acelerado con la violencia *narca* y la desafectación del Estado mexicano si no complicidad- para con su población.

Tuve la suerte de poder confrontar y alimentar la información y el tipo de análisis de esta investigación sobre rock y jóvenes, con Rosana Reguillo y José Manuel Valenzuela, quienes en ese momento estaban también

3 Horizontes generacionales emergidos bajo la interpelación de los sonidos rock' an roll (mexicanizado), pop rock, folk rock, acid rock que llegaron con la psicodelia, el hippismo y la protesta cívica contra la Guerra de Vietnam y otros acontecimientos, punk rock y hardcore, que se introdujeron con prácticas colectivistas y rollos anarquistas.

trabajando con chavos banda y con jóvenes “cholos” -una en Guadalajara y el otro en Tijuana-, y cuando coincidimos nos quedamos encantados, porque habíamos llegado a lo mismo estudiando diferentes contextos sociales y culturales.

L. N. P.: ¿Cómo ha sido su propio itinerario en la investigación sobre jóvenes?

M. U.: Estudié el rock mexicano y las identidades juveniles, que fue un trabajo de muchos años de inmersión en campo y sirvió de base para mi tesis de Maestría en Antropología. Posteriormente investigué a otros sujetos juveniles, entre ellos a las jóvenes mujeres en las bandas juveniles y a las jóvenes mujeres dentro de las bandas de punk en México. Ese fue también un trabajo etnográfico en profundidad y reveló un asunto que estaba muy opaco todavía en México: el asunto de las mujeres dentro del espacio público. Allí se convertían en “mujeres públicas”, con todo el estereotipo que ello conlleva. Estas chavas tenían mayor control sobre sus cuerpos pero la misma pandilla/banda les ponía límites cuando se trataba de tener relaciones sexuales o tener relaciones amorosas con uno o con otro dentro de la banda. Pero ellas lograron levantar un grupo de rock punk, el “Virginidad Sacudida”, y luego un “Colectivo de Chavas Activas Punks”, espacio al que pude asistir desde su convocatoria y a parte de su desenvolvimiento. En este crearon sus grupos de teatro y performance, escribieron sus fanzines según como veían el mundo y las relaciones con el entorno en que vivían, expresaron sus posturas políticas anarco-feministas punks. Nuevamente era la producción cultural y subjetiva del espacio femenino en un ambiente popular urbano.

Luego pasé a estudiar otro tipo de jóvenes a través de sus relaciones con la ciudad. Formé parte de quienes desarrollaron desde la antropología el campo de estudios urbanos en México. En esas búsquedas y a mediados de la última década del siglo pasado, me inserté con otra colega de comunicación en los centros comerciales y nos encontramos a diversos segmentos juveniles haciendo uso del espacio y de las mercancías del centro comercial, y apropiándose de maneras muy disímolas; algunas priorizaban el aspecto simbólico y de

distinción más que el mercantil de los productos, bienes y servicios ofertados en estos centros. Plaza Universidad en el Sur de la ciudad y Plaza Satélite, en el norte, fueron nuestros objetivos; describimos y analizamos la multiplicidad de interacciones de y entre jóvenes de distintas edades y el bloqueo para la interacción intergeneracional, así como la ocupación del espacio por parte de los jóvenes de diferentes segmentos etarios en horarios muy diferentes a lo largo de la semana y durante los fines de semana. Nuevamente desde la perspectiva que enfatiza la construcción juvenil de la cultura, estudié el segmento juvenil de los fresas⁴ en sus “ambientes naturales”, entre ellos el ambiente de las universidades privadas. Deseaba explorar las formas en que territorializaban la ciudad, la vinculación entre consumo cultural y distinción clasista, y me encontré con un segmento “progre” dentro de los jóvenes fresa, al que denominé pandro fresa⁵, cuyos miembros-en su oposición a los fresas estereotípicos- marcaban las tendencias de innovación cultural y de consumo entre los sectores juveniles medios y medios altos en la ciudad de México. Estudié a los jóvenes fresa en sus tiempos y espacios de ocio tanto dentro como fuera de la universidad; develé un mapa plagado de “lugares” privados y semipúblicos -cantinas, plazas comerciales y públicas, discotecas, salones de billar y de juego, etc.-, donde vivían una socialidad muy intensa atravesada por relaciones de poder -que jerarquizaban, excluían y seleccionaban a algunos sujetos-, a través de los cuales estos jóvenes conocían/experimentaban la ciudad. Aunque esos temas ya pasaron, de alguna manera fueron alimentando empírica y teóricamente lo juvenil como una perspectiva teórica centrada en el protagonismo-vía lugares de socialidad- de los jóvenes en la construcción de la ciudad y de la cultura, aun y por encima de la violencia social en que vivían, construyendo sus propias rutas seguras de la ciudad, porque ante esto la policía seguía extorsionando a los jóvenes.

4 Un fresa es una persona que piensa que estar a la moda y la marca es lo único importante en la vida y que el mundo fue hecho para las élites.

5 Pandro, viene de pandroso, fachoso, según el punto de vista clasista, mal vestido, según la jerga de las culturas juveniles populares, original en el vestido.

L. N. P.: ¿Qué espacio ocupan en sus investigaciones otras transversalizaciones como la etnia, la clase, por ejemplo, que configuran las identidades de los sujetos?

M. U.: Otras investigaciones me han llevado a conocer jóvenes indígenas en la ciudad porque son miembros de las 62 etnias mexicanas que migran hacia la ciudad de México, de Monterrey, de Guadalajara, y otras ciudades no tan grandes. Hay rutas de migración hacia el norte, pero algunos se quedan en la ciudad de México durante un buen tiempo, trabajan allí -generalmente los hombres en construcción, las mujeres en servicio doméstico- y viven una cierta juventud. Así crean rutas y lugares de encuentro, de emparejamiento pero también ciertas formas de vivir la juventud en momentos de migración y en lugares de mucha discriminación y racismo. A la vez esto me permitió descubrir a jóvenes que estaban estudiando la universidad en la ciudad de México y eran también de etnias diferentes que tenían otros espacios de ocio, otros espacios de conocimiento y de educación. Tanto los que migraban en busca de trabajo y ocupaban los peldaños más bajos (construcción, limpieza) como los jóvenes de diferentes etnias cursando carreras profesionales, se apoyaban en las redes de parentesco y de paisanos que generaciones anteriores de migrantes habían creado; si no las tenían las empezaban a crear redefiniendo su etnicidad y construyendo su juventud de maneras distintas a las de los habitantes ciudadanos y a las de los jóvenes de sus pueblos de origen.

L. N. P.: ¿Hay alguna nota particular en la articulación juventud-etnia en sus exploraciones?

M. U.: Hay un punto que me parece interesante cuando uno revisa lo étnico y lo juvenil. En general, los grupos étnicos habían tendido a ser vistos desde la antropología mexicana como si fueran grupos homogéneos, sin clases sociales, ni géneros, ni edades; aunque se aceptaban ciertas discordancias dentro de las poblaciones, se tendía a ver en su resolución nuevamente la homogeneidad cultural del conjunto. El reto de un ingreso como el que realicé a los jóvenes indígenas en la ciudad, es que más que partir discutiendo

estos enunciados, había que explorar desde el trabajo de campo qué estaba ocurriendo con estas migraciones de jóvenes a las ciudades. El trabajo de campo permitió iluminar una serie de temas aledaños a su juventud en la ciudad, como su estatus indígena y migrante entre la población citadina -curiosamente en su mayoría migrante-. Su habitar, su búsqueda de empleo e ingresos, su búsqueda de estudios superiores, el uso de su tiempo libre, revelaron nuevas situaciones de vida en estas poblaciones que la contemporaneidad ha posibilitado abrir en el horizonte e imaginario de los jóvenes. Hay investigadores en la antropología que interpretan estas nuevas situaciones como peligros a la identidad étnica de los jóvenes, como si los jóvenes fueran a dejar de ser indígenas. Estos investigadores se aferran a enmarcar las etnias en identidades auténticas o puras, como si en más de 500 años nada hubiera cambiado. Yo me pregunto por las identidades contemporáneas, por cómo los sujetos jóvenes nacidos y socializados dentro de contextos muy particulares, con sus propias formas de organización comunal y de vivir en comunidad, y que están inmersos en estos momentos en ámbitos como la migración, la educación, los medios de comunicación, las tecnologías, el trabajo flexible, etcétera, están construyéndose en términos individuales pero también colectivos. Los jóvenes indígenas tienen grandes diferencias con los jóvenes urbanos. Por ejemplo, tienen un gran respeto por las instituciones de sus pueblos de origen, algunos de ellos piden auto-adscribirse y asumen cargos de responsabilidad social, política. Entonces, hay una variedad de situaciones para conocer cómo y cuándo y en qué circunstancias se construyen como jóvenes, sujetos que hasta hace muy poco no eran reconocidos como jóvenes ni por sus etnias, ni por los investigadores que estudiaban esas etnias ni por las instituciones modernas.

Por otro lado, retomando el concepto de clase, mientras estudiaba a los jóvenes indígenas, en ese mismo espacio público me encontré con otros jóvenes posicionados en las tendencias de moda y de diseño que pertenecían a sectores altos o medios altos en la ciudad de México, que entonces denominé *trendsetters*. Si

bien no todos vivían allí, sí se reunían y vivían gran parte de su tiempo de ocio y de trabajo en el Centro Histórico de la Ciudad de México. El tipo de trabajo que realizan -autogestivo y en red-, así como la intensa socialidad que viven entre ellos y ellas en interacción con la oferta cultural y de lugares antiguos y modernos de la zona, han repositionado el centro histórico y zonas aledañas, como las colonias Polanco, Roma, San Rafael, Santa María, La Ribera, Escandón, etc., como espacio cultural *trendy* de la ciudad, a la vez que la han revalorizado en el mercado de bienes inmuebles.

L. N. P.: ¿A qué época se refiere?

M. U.: Me refiero a los años 2004 a 2006 en donde realizo simultáneamente investigaciones con jóvenes indígenas en la urbe, y en el Centro Histórico de la ciudad de México me encuentro con estos otros, los “trendsetters” que luego denominé emprendedores culturales. Eso fue muy rico, porque fue como dos miradas que curiosamente coincidían en su apertura de horizontes en términos generacionales en la sociedad contemporánea. Trendys y jóvenes indios en la ciudad se devolvían las miradas, se reconocían en los otros diferentes, aspecto que no observé durante mi incursión a los jóvenes fresa, consumidores de marcas que usaban como signos de distinción y jerarquización entre ellos y los otros -los que no accedían a su nivel de consumo- y al interior de sus propios espacios. Los jóvenes étnicos tienen una amplitud de horizontes que los mestizos no tienen. Pero estos jóvenes trend, posicionados en las tendencias de construir nuevos estilos de vida y de trabajo, precisamente se han reapropiado del centro de la metrópoli porque pueden vivir una diversidad juvenil y étnica que no se observa ni experimenta en otra parte de la ciudad. Esto alimenta su creatividad y lleva a la innovación de productos, objetos de arte u objetos artísticos funcionales para el mercado; mientras a los jóvenes indígenas les permite espacios públicos gratuitos para encontrarse entre sí y vivir su juventud en el tiempo libre de sus jornadas extenuantes de trabajo. Las prácticas recreativas y los gustos musicales de este sujeto han presionado por la apertura de ciertos espacios de recreación, con ofertas

adecuadas a sus gustos y a precios accesibles para este nuevo público.

L. N. P.: ¿Qué diferencias tendrían con los jóvenes fresa?

M. U.: Los jóvenes fresa esperan verse a sí mismos en el otro, como si fueran los mismos, mientras excluyen mediante dispositivos espaciales a los diferentes a ellos; es más, sólo conviven entre ellos y ellas, y no salen de sus territorios exclusivos. Mientras los jóvenes trendsetter buscan en sus experiencias con lo diverso/ diferente fuentes de inspiración para sus creaciones arquitectónicas, diseño de artesanías y artes visuales, joyería, textiles, musicales, escenografías, teatro, creación y producción de cine y televisión, etc. La alteridad se vive en la socialidad materializada en espacios muy diversos del centro de la metrópoli, en el cine, en las ferias de bienes y productos, en las exposiciones de los museos, galerías, cantinas, pulquerías, hoteles, etc. Los fresa y los trendy funcionan con lógicas de socialidad muy distintas; por el contrario, muchas de las prácticas de ocio y trabajo de los jóvenes indígenas son más parecidas a las de los trendy. Me interesa seguir investigando jóvenes como productores de sí mismos en estas interacciones tan distintas, desde contextos sociales y culturales tan diversos en una misma ciudad. Entiendo a los jóvenes no como víctimas de los cambios socioculturales sino como protagonistas en los mismos a través de sus interacciones con otras edades y con otros jóvenes.

L. N. P.: ¿Y cuál es el lugar de las instituciones en esta construcción? La escuela, la familia...

M. U.: En estas dos últimas investigaciones, la escuela, en sus diferentes niveles, forma parte de sus inserciones institucionales. Por ejemplo, los padres de jóvenes de clases media y media-alta hacen sacrificios enormes para mandarlos a universidades privadas o a públicas a hacer sus posgrados. La educación tiene valor en la medida en que hace posible la inserción en el mundo global, pero a partir de su especificidad mexicana o latinoamericana. Son jóvenes dedicados al diseño de objetos de arte, artistas visuales, editores, arquitectos, joyeros o joyeras, pero que confluyen en espacios en los cuales

trabajan colaborativamente. Son colectivos de producción, trabajan en redes físicas y virtuales de forma colaborativa y se potencian unos a otros. Esto ha marcado una pauta de trabajo autogestivo emprendedor: algunos son empresarios y otros son emprendedores culturales o gestores.

En el caso de los jóvenes indígenas, las familias ampliadas -dirían otros *unidades domésticas*- deciden quién estudia y quién no. En las familias étnicas los hermanos mayores que migran van pagándole los estudios a los que van llegando. Entonces la institución escolar forma parte de su vida cotidiana pero también de sus imaginarios de ascenso social. Los jóvenes indios están aprovechando uno de los beneficios obtenidos después del levantamiento zapatista en los Altos de Chiapas: el acceso a la educación superior y a posgrados y posdoctorados a través de becas y de discriminación positiva. Dado el estancamiento del Estado y las consecuencias de las transformaciones neoliberales de los Gobiernos del último cuarto del siglo pasado y del nuevo milenio -entre ellas la desafectación institucional hacia la mayoría de la población mexicana en cuanto a sus derechos básicos de alimentación, empleo, salud y acceso a una educación de calidad, aunado al ingreso del crimen y del narco en los entramados sociales cotidianos-, muchos actores juveniles están moviéndose del lugar que la modernidad les asignó, nuevas situaciones están encubándose, así como nuevas formas de experimentar la juventud. Considero que los jóvenes indígenas y los jóvenes trendsetter o emprendedores culturales son los actores que en su accionar han implosionado las concepciones o definiciones de juventud encubadas en la sociedad moderna -jóvenes como pasivos y objetos de la protección-(llámese vulnerabilidad o en riesgo) adulta-. Sería necesario preguntarse hoy, no por qué es ser joven, sino cuándo, de qué maneras y frente a quiénes -o qué instancias y relaciones sociales- se es joven.

L. N. P.: ¿Y cuáles son sus temas de investigación actuales?

M. U.: En este momento tengo una investigación en curso sobre quiénes son los estudiantes de antropología en México. Yo soy antropóloga, generalmente estudiamos a otros

pueblos, a un otro, que no somos nosotros. Con otra colega en la Escuela Nacional de Antropología e Historia decidimos estudiar a los propios estudiantes de Antropología.

L. N. P.: ¿Son estudiantes de universidades?

M. U.: De todas las universidades del país que tienen la carrera de Antropología en la Licenciatura; son 22 en total.

L. N. P.: ¿Cuál es la hipótesis de trabajo?

M. U.: La hipótesis es muy abarcadora porque nosotras queríamos conocer una serie de cosas. Es un gran diagnóstico que abarca tanto sus condiciones básicas de estudio, entre ellas la motivación que tienen los jóvenes para entrar a la universidad a estudiar Antropología.

L. N. P.: Podemos decir que es una investigación que se va a inscribir entre los aportes sobre estudiantes universitarios...

M. U.: Sí, lo hacemos en aras de modificar ciertas conductas que tienen los profesores de antropología para con sus estudiantes. Es decir, los profesores por ejemplo, tienen percepciones sobre los estudiantes que coinciden con las expectativas y condiciones de cuando ellos eran estudiantes en los años 60 y 70; por otro lado, muchos consideran que el estudiantado actual está compuesto por estudiantes pobres justificando con ello formas de enseñanza muy enciclopédicas, en su afán por dotar de capital cultural a los nuevos estudiantes; sin embargo, eso no fue lo que encontramos.

L. N. P.: ¿Nos quiere decir que la representación de los profesores es que los estudiantes de Antropología son estudiantes pobres?

M. U.: Los profesores tienen la impresión de que los estudiantes a los que les están enseñando son muy pobres, que ni siquiera pueden acceder a Internet, que no tienen lugares propios para estudiar. En cambio, fuimos encontrando cosas muy distintas. Por ejemplo, que el grueso de la población en antropología está compuesto por estudiantes de clase media y, minoritariamente, de clase media-baja. También elaboramos una calificación de las habilidades y competencias que esta disciplina tiene la obligación de dotar en el mundo actual a sus estudiantes, y qué es lo que realmente está ofertando, la percepción de los estudiantes sobre el papel que tiene el trabajo de campo en la construcción teórica de

la disciplina antropológica y lo que realmente ofertan las universidades, las expectativas de los estudiantes sobre el empleo al salir de la universidad.

Otra de las investigaciones que continué en este último año durante mi estancia sabática en Argentina y en Chile, fue la profundización del estudio sobre los jóvenes músicos independientes, tanto en términos de sus condiciones laborales como de sus modelos de [auto] gestión y del uso de las nuevas tecnologías en su trabajo musical y de ampliación de audiencias y mercados. Necesito aún sistematizar este trabajo de campo.

L. N. P.: Una pregunta que nos hacemos quienes trabajamos en el campo de estudio de juventudes es sobre las tendencias de la investigación en América Latina. En esta línea, nos interesa su comentario acerca de los principales temas de estudio en la actualidad.

M. U.: De cara a las transformaciones que hemos venido pasando y en las que participamos activamente, hay varios temas respecto de las juventudes latinoamericanas que están siendo trabajadas desde enfoques cuantitativos y cualitativos, y desde varias perspectivas teóricas que centran su atención en el accionar, movimiento y desplazamientos de los actores juveniles, y sobre todo en las experiencias de estos y estas jóvenes en la actual modernidad en curso. Lo explico más adelante. Antes, es necesario aclarar que los estudios sobre juventudes ya pasaron el momento de medir o comparar a los jóvenes de este milenio con los jóvenes como fueron definidos por nuestras modernidades latinoamericanas del siglo XX, muy sesgadamente como homogéneos y occidentales. Para mí, esto es sustantivo en el sentido de que por fin se les deja de comparar con un modelo europeo de juventud levantado en el siglo XX para atender las necesidades y expectativas de esas sociedades. Este “deber ser” o modelo impuesto por algunos juvenólogos bienintencionados dedicados a la elaboración de políticas públicas para jóvenes en nuestros países, alimentó durante mucho tiempo una ceguera entre los científicos sociales por ver lo que realmente estaba pasando entre los jóvenes, quienes, por lo menos desde el último cuarto del siglo pasado, habían sido expulsados de

esa institucionalidad moderna o del siglo XX. Expulsados de, por ejemplo, los mercados laborales burocráticos y empresariales y de una escuela obsoleta, dada la estrepitosa caída de la calidad de la educación por el ingreso de la corriente neoliberal en la definición de la política educativa y por toda la maraña institucional realmente existente en el sector educativo. Los directivos de este enredado mundo educativo, no solo cambian cada sexenio en el caso mexicano: desde hace más de cuarenta años dejaron de invertir en la mejora e innovación educativa para impulsar la reflexividad y la creatividad entre los estudiantes -y no solo el embutido de conocimientos obsoletos-, y solo invierten en estructuras e infraestructuras escolares que son administradas por poderosos gremios docentes y administrativos, muchos de ellos corruptos y otros estancados en sus intereses gremiales.

Una de las tendencias de investigación en curso refiere precisamente a las razones del estancamiento educativo y a la situación de los jóvenes estudiantes latinoamericanos, seguido del seguimiento a las trayectorias educativas -y laborales- y de las salidas educativas que los jóvenes están dándose -cursos extracurriculares, gestión cultural, danza, cine, teatro, historia, etc.- para conseguir emplazarse en un mercado laboral con ciertas especificaciones profesionales; se ha observado cómo están aperturando bajo el modelo Internet y colaborativo, un mercado laboral a otras demandas que ellos mismos están generando -los músicos audiencias, los startups, objetos de diseño, constructoras con otras propuestas, etc.-. También se está explorando la cualidad estudiantil de los jóvenes en todos los niveles educativos para rescatar desde las teorías del agenciamiento las salidas de los jóvenes frente a las crisis educativas y las renovadas demandas de un estrecho mercado laboral.

Otra tendencia y que de alguna manera refiere también al ámbito educativo y de jóvenes, es la presencia de los jóvenes indígenas -mejor decir, de diferentes etnias- en la educación media, media superior y superior. Desde algo más de una década, la antropología de la juventud pregunta por las juventudes étnicas en la actualidad -por cómo entender su empoderamiento reciente en las oleadas

migratorias, en su ingreso a las universidades, en la producción cultural y musical, en las pandillas, en el consumo, en los nuevos movimientos étnicos y sociales, etcétera-; es una pregunta por las estructuras y los procesos que en la actualidad condicionan las actuaciones de estos sujetos jóvenes, así como por sus prácticas y encuentros con la experiencia múltiple, fragmentaria, efímera, precaria y frágil de lo moderno. Estas situaciones complejas en las que están involucrados de manera experiencial y con mayor claridad los jóvenes indígenas -por lo menos desde el último cuarto del siglo pasado-, están exigiendo de los investigadores enfrentar y dar solución a ciertas categorías y metodologías fijas de la tradición antropológica en el siglo pasado, y priorizar fijar la mirada en todas las formas de desplazamiento y desdibujamiento de las fronteras que colocaban de un lado lo indígena -lo rural, lo arcaico, lo fijo- y del otro a los jóvenes, la educación superior, la migración, el cambio, el consumo, el empleo -lo urbano, lo moderno, lo móvil-. Desplazarse más allá de las fronteras teóricas del siglo XX, significa emplazarse en las franjas contemporáneas movilizadas siguiendo a actores que son jóvenes, indígenas, estudiantes, migrantes, trabajadores, desempleados, mujeres, profesionistas, consumidores -y quien sabe qué más- en los nuevos espacios urbanos y étnicos abiertos por los procesos de neo liberalización económica y cultural y de cambio tecnológico en curso y al producirse un cambio en el sistema de referencia social, movilizándolo a las personas a actuar de maneras diferentes.

Desde hace un tiempo, uno de los temas que está siendo profusamente trabajado es el de la relación *política, cultura y juventud* y sus diferentes manifestaciones en toda América Latina, en donde se puede observar dos tendencias de investigación:

Una, dentro de aquellos países en donde los partidos han sido reciclados por los jóvenes en este nuevo milenio a través de movimientos sociales y culturales -muchos de ellos a través de las redes sociales- que los precedieron y que se reforzaron (Argentina, Ecuador, Venezuela, Brasil). Aquí se priorizan las maneras como el poder político se apoya en esas bases juveniles para movilizarlos como recursos políticos frente

a la oposición, generalmente derechista, así como también las maneras en que los jóvenes han redefinido o definido sus posicionamientos en la sociedad que se está gestando.

La otra tendencia está vinculada a la apatía juvenil y al descrédito de las instituciones y partidos políticos en países como México y otros de Centroamérica, en donde la política de los partidos aparentemente ha dejado de importar a muchos sectores juveniles por la evidencia de su corrupción y por la emergencia de una clase o élite política que no da margen más que a la impunidad y a lo que en México decimos, el “capitalismo de cuates”. Sin embargo, sobre todo en México, han habido sorpresas ciudadanas de gran envergadura, muy ligadas a los movimientos sociales contemporáneos en red, donde los jóvenes y las jóvenes participantes están experimentando y construyendo de otras maneras la política -#Yosoy132, Indignados, Ayotzinapa- en la actualidad y donde se ejerce ciudadanía.

También, y una falta de estos estudios -pues están concentrados en los aparatos de inteligencia del estado- son los movimientos denominados *anarco punks*, con banderas y prácticas radicales en términos del uso de bombas y defensa en las manifestaciones masivas de los movimientos anteriormente señalados. Desesperación, pero también infiltración; ¿cómo y desde qué espacios sociales están participando los jóvenes en estos movimientos y qué tipo de ejercicio político realizan? No lo sabemos, aún no priorizamos el estudio de este tipo de movimientos en México.

Tampoco priorizamos -y aquí quiero llamar la atención-, la participación de jóvenes en los partidos políticos tradicionales y otros menos tradicionales -aunque fuertemente corruptos-. Los científicos sociales aún consideran que estos temas no son progresistas y por lo tanto son desechables de la agenda contemporánea de juventudes. No lo veo así; veo cómo ciertos jóvenes empiezan carreras políticas siendo bastante chicos o chicas, pegándose a los adultos y sirviéndoles para los trabajos sucios, o informáticos -y sucios-, o intelectuales -dada la ignorancia política de la generación política que está gobernando en la actualidad-; se preparan

en las universidades públicas, en las privadas, y pronto aprenden a desenvolverse con soltura en los modos y costumbres de los viejos políticos; pero pasan cosas, cambios, etc., sobre los que considero que los investigadores y creadores de políticas públicas tenemos que registrar y analizar. Las juventudes tan heterogéneas en la actualidad tienen diferentes posicionamientos en lo político que hay que explorar, para después intervenir. Quedarnos con la idea de solo investigar a los que consideramos -nuestros- los “chicos buenos” porque son jóvenes en redes globales y “Anonymus”..., esto no beneficia el conocimiento de lo juvenil en la contemporaneidad, oculta y tapa los espacios en los que los participantes en todos estos ámbitos puedan coincidir u oponerse radicalmente. Los jóvenes -y otras generaciones- están haciendo el mundo que se está construyendo en Latinoamérica.

Aquí engarzo con otro de los temas políticos que se viene discutiendo, y es el de las democracias modernas con estados de excepción como formas políticas que venimos viviendo desde hace ya algún tiempo en varios países de América Latina, y que tienen a los jóvenes como carne de cañón y *target*, como chivos expiatorios al hacerlos victimarios directos de los actos violentos contra quienes denuncian o se atreven a señalar algún aspecto de esta *violentación* de nuestros derechos civiles y humanos. Con ello, también son jóvenes los principales opositores a la instalación de la triada neoliberalismo-democracia-estado de excepción, en el sentido de ser los principales defensores de las libertades ciudadanas y políticas. El ejemplo más radical y claro de lo que estoy diciendo es la desaparición -y asesinato- de 43 estudiantes normalistas en Ayotzinapa (Guerrero, México). El revoltijo de la alianza entre partidos progresistas con el narco y con el crimen organizado, y el poder central de la derecha en contra de cualquier disidencia, aunado a la acción de los poderes locales civiles y los estereotipos construidos por la sociedad -azuzados por los gobiernos derechistas del último cuarto de siglo y por los medios de comunicación privados y comprados- contra las Normales -originadas en la posrevolución-

y contra los normalistas de origen pobre, que entre otras cosas obstaculizan el suave discurrir de la privatización de la educación... nos dicen que los científicos sociales tenemos que observar los espacios límite donde se pone en juego la cuestión de la legalidad y su relación con la ilegalidad, en la que lo informal -ya en el centro- viene a perturbar lo establecido en términos de enunciaciones que también hacen hoy al Estado. Tendemos a separar el estudio de los jóvenes trabajando en las redes del crimen y del narco, del ámbito de estudio de las relaciones entre política y jóvenes. Considero que eso hoy ya no es posible; tenemos que discutir la violencia juvenil en el ámbito del crimen y del narco como un tema político contemporáneo que se engarza con otros temas de lo político donde los jóvenes están también participando y transformando los escenarios.

Otro de los temas candentes en la actualidad, con algo de historia, pero reciclada en el sentido de su actualización vía los estereotipos creados por los medios de comunicación como explicatorios de la violencia en que vivimos, y que en México adquieren actualidad, lo son las pandillas y metabandas transnacionales -si no globales-, y sus nexos con el narco y el crimen, pero también con los flujos migratorios y la dislocación de grandes poblaciones latinoamericanas ante la cada vez mayor concentración de la riqueza y la ubicuidad del consumo. El tren de la muerte y los migrantes jóvenes -niños y mujeres- que cruzan México tratando de evitar todo el negocio sucio del crimen y las autoridades estatales y federales mexicanas. Las tecnologías, hasta el momento, sirven a los jóvenes para poner obstáculos a las mentiras constantes del poder; no se sabe cuánto tiempo durará esta relación con las NTICs, donde la privatización de las Apps se mueve muy rápido.

L. N. P.: ¿Qué particularidades adquiere el ingreso en la escuela de los jóvenes de distintas etnias?

M. U.: La discusión es muy interesante y viene fomentada por las mismas instituciones educativas, y en otros casos por los pueblos indígenas que han creado estas demandas. Son los jóvenes indígenas los protagonistas

de estos debates, y los estudios observan el peso fundamental que tienen el sentido comunitario, la obligación y la responsabilidad, en la construcción de los jóvenes indígenas contemporáneos, más que el individualismo del que se les ha acusado -seres de derechos, sin compromisos y responsabilidades-. El otro invisibilizado -las etnias en la nación- se ha visibilizado en las universidades públicas y privadas, abriendo la posibilidad de disputas racistas pero también la posibilidad de suturar las cicatrices y reestructurar varios pactos étnicos del pasado que emplazaron a sus etnias en posiciones de subordinación: los jóvenes indígenas exploran formas organizativas en contacto con los Estados y las sociedades nacionales -y mestizas-, y con los mayores de sus propias etnias. El ingreso a la educación superior es otro momento en la lucha de los pueblos étnicos por su reconocimiento, pero también en la reconfiguración contemporánea de sus identidades; muchos jóvenes educados están asumiendo estas batallas y están moviendo cosas y situaciones en las relaciones de poder en sus culturas de origen y entre los pueblos que se reagrupan en las zonas migrantes, incluso en el otro lado, en los Estados Unidos.

L. N. P.: En esta síntesis que nos presenta, ¿cuáles son aquellas áreas o temas escasamente estudiados en la agenda de la investigación sobre juventudes?

M. U.: Creo que es urgente el estudio del ingreso de las nuevas tecnologías en nuestras vidas cotidianas y en las experiencias infantiles y juveniles de las nuevas generaciones, quienes están profundizando aún más la crisis en la enseñanza y la propuesta educativa del siglo XX.

Otro de los temas que es atractivo y sobre todo urgente es el asunto del empleo, del trabajo, porque hay muchas miradas alrededor de los jóvenes. Yo estoy emplazada en una de estas miradas que tiene que ver con una producción cultural, y cómo los jóvenes se emplazan dentro de esta producción y dentro de la producción independiente, que algunos catalogan como parte del juego no liberal y otros ubican dentro del juego alternativo. Yo quiero salir de esas dicotomías para poder plantear

un nuevo escenario que he estado observando últimamente con los músicos independientes en Santiago de Chile. Allí, con el doctor Oscar Aguilera, hicimos una investigación sobre jóvenes músicos independientes, los modelos de autogestión, las maneras como se relacionan con las instituciones de todo tipo y las condiciones laborales en un contexto neoliberal.

Hay otros investigadores que se abocan a lo que significa el desempleo; yo también veo situaciones de jóvenes que trabajan 24, 48 horas seguidas, que borran los linderos entre el tiempo de trabajo y el tiempo de ocio, que forman redes colaborativas para presentar o desarrollar proyectos de todo tipo, adquiriendo un *hábitus* de trabajo que habría que seguir explorando en profundidad mediante estudios de caso. Y existe un conjunto de jóvenes que ha quedado excluido de este modelo, de la sociedad de la información de nuestros países latinoamericanos. Entonces, hay trabajos que están intentando describir cómo se van posicionando los jóvenes en el trabajo, porque se ha reconsiderado la temática de trabajo. También habría que incluir estudios sobre la participación laboral de jóvenes en las redes del crimen organizado, que incluyan no solo a los sicarios, sino a los informáticos, a los financistas, etc., que ocupan posiciones importantes en todo este negocio; y considerar las situaciones de los menores de edad involucrados en procesos muy específicos; y digo esto llamando a estudios transdisciplinarios.

L. N. P.: Esto se articula con la consideración del trabajo como eje de adscripción de las identidades...

M. U.: Eso es una polémica. Por ejemplo, es interesante redefinir el eje juventud-trabajo-tiempo libre en la actualidad, en las realidades latinoamericanas. Pero no solamente en la juventud; toda la sociedad tiene que redefinir esta situación cultura-producción-trabajo y tiempo libre. En todas las edades tenemos que redefinir esta situación que no podemos definir con el rango del siglo XX -que además fue muy efímero-, y es necesario construir nuevas relaciones entre los agentes pero con base en las investigaciones. Habría incluso que someter a debate el trabajo hoy, en el siglo XXI, y su

relación con la educación. Estamos frente a Estados que están dejando todo ello en manos de las empresas y el mercado, dejando en manos del Estado lo que consideran residual de la oferta educativa, entre ellos la educación de millones de niños, niñas y jóvenes que saldrán de allí dispuestos a obedecer en los corporativos de cualquier cosa y por salarios irrisorios, o dispuestos a enrolarse en lo que sea y como sea. Pero también lo residual es para la empresa el desarrollo de la ciencia y la tecnología en nuestros países; el futuro de muchos jóvenes está en juego en esto, seguimos exportando gran cantidad de científicos jóvenes a las corporaciones. El debate sobre los jóvenes es el debate sobre el presente y futuro de nuestras sociedades.

L. N. P.: ¿Cuál es el panorama que usted avizora para los estudios de género en la agenda de investigadores en juventudes?

M. U.: Los estudios de género siguen siendo minoritarios, a pesar del gran avance de las propuestas feministas y de las propuestas de género. Son escasos aún los trabajos sobre las transformaciones de género; se habla de diversidad sexual, de diversidad genérica pero no se investiga mucho en relación con las condiciones juveniles que viven jóvenes en diferentes contextos sociales y culturales. Una situación fuerte y que no observo que se investigue en términos de género y diversidad sexual, es la que atraviesan los menores y las menores de edad; entrarle al debate público de esta situación con investigación de fondo, es necesario.

L. N. P.: Por último, ¿cómo evalúa usted el papel de las redes académicas en la producción de conocimientos sobre juventudes en América Latina?

M. U.: Las redes han sido importantísimas en la conformación del campo de estudio juvenil en América Latina. Hoy es imposible trabajar sin ellas, es decir, no me refiero solamente a las relaciones virtuales sino también a las redes que han hecho posible este espacio, por ejemplo. Trabajar colaborativamente nos permite abrir los horizontes de los países, hacer comparaciones con otros y acceder muy rápidamente a conocimientos producidos en

otras latitudes. Investigar ahora no es lo mismo que hace 30 o 40 años, y creo que eso es lo que permiten estas redes especializadas. La red permite hacer visible una riqueza que está individualmente en un país o en las redes más pequeñas. Antes era un sueño poder construir un pensamiento desde América Latina, pero hoy puede ser mucho más accesible, mucho más factible, una mirada desde América Latina de lo juvenil que tiene diferencias con otros lugares del mundo.

L. N. P.: Muchas gracias Maritza y esperamos que este diálogo auspicie nuevas preguntas, nuevos retos investigativos para los lectores de la Revista.

M. U.: Muchas gracias a Clacso y a todas las redes que han hecho posible mi participación en esta Bienal.